

La Vida Social y sus Tormentos

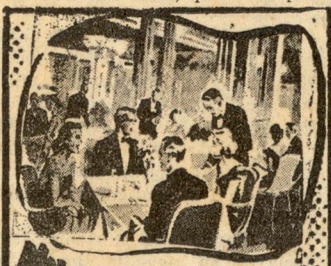
por Sebastián Salazar Bondy

Una de las muchas cosas que hay que hacer para mejorar y dar un sentido más positivo a la vida social de Lima y de todo el Perú es lograr, tal como se lo ha propuesto la agrupación Campo Abierto como fin de una próxima campaña, que se eliminen las prácticas y costumbres formalistas que abruman las relaciones interpersonales entre nosotros. Acabar con obligaciones excesivas, con cumplimientos generalmente mentidos, con fórmulas y protocolos que merman el tiempo y amargan el ánimo de la mayoría, será, en una palabra, convertir en más sencillos —y más sinceros, además— los deberes que en el conjunto social nos llevan a participar de alegría y duelos ajenos. Lima hereda todo un complejo de normas y hábitos cortesanos, residuo de su pasado virreinal, sin duda, que no se compadece con el ritmo de este tiempo, que no corresponde a la estructura de gran capital que en las últimas décadas ha alcanzado. Hay que terminar con esa rémora que a todos —salvo unos cuantos, probablemente amantes de la existencia en salones y entre compromisos— mortifica como una pesadilla.

La sola enumeración de algunas de estas torturas da una idea de la importancia de la cruzada de Campo Abierto. Por ejemplo, ¿qué objeto tiene todo el sistema macabro de obligaciones sociales que trae consigo un duelo tanto para los deudos cuanto para sus amigos y parientes? ¿Para qué la reunión del velorio, la del acompañamiento al camposanto, la de la visita de pésame, etc.? Y en lo que respecta al matrimonio, ¿por qué la agotadora costumbre de vapulear a los novios con

comidas y agasajos inintermitidos durante un mes o más? ¿A qué obedece la práctica de enviar partes- invitaciones, que tantos resentimientos crean? ¿Cuál es el sentido de la asistencia multitudinaria al templo donde se consagra el enlace, con la atormentadora cola del abrazo de felicitación, que unos pro-

cortesía? ¿No hay que ir para que "lo vean a uno", previa suscripción, y soportar de pie conversaciones inútiles y vacuas y hasta discursos? ¿Y los banquetes y comidas con semejantes motivos, que no sólo son derroches absurdos de tiempo, sino también de salud, en los cuales se ha impuesto la manía de arrancar de cada participante, quéralo o no, una pieza de oratoria solemne o humorística? Asimismo tan desesperantes hábitos podrían encontrar un sustituto menos molesto y más eficaz.



digam con fatiga y otros reciben martirizados? ¿Y el almuerzo consecuente a la muchedumbre relacionada, que siempre es tardío e incómodo? Todo esto se podría reemplazar por medio de publicaciones en los diarios o simplemente con la tarjeta personal enviada con posterioridad al suceso social.

Y todavía hay más. ¿Acaso no resulta penoso tener que ir al aeropuerto o al terminal marítimo para despedir a quien viaja y para recibir a quien retorna? ¿No pesa sobre el que se marcha al extranjero, por sobre todos los trámites y gestiones relativos a la documentación, la espada de Damocles de las visitas de adiós a la tía lejána, al primo enfermo, al pariente anciano, etc.? ¿Y los coc- teles de adhesión, de simpatía, de homenaje, de celebración, de cumpleaños, de despedida, de

Porque ésta es la única ciudad en el mundo en que un compromiso social, que la mayoría acepta a regañadientes, quita público a un espectáculo. El cronista ha oído decir en la Plaza de Toros la siguiente frase memorable: "La gente de barrera y contrabarrera llegará hoy al segundo toro porque se casan Fulanita con Menganito", y ha podido verificar en muchas ocasiones que conferencias, conciertos, funciones de teatro o exposiciones de pintura, han visto menguada la concurrencia porque coincidían con un fastuoso cóctel. No se trata, por cierto, de impedir que la gente se junte a su gusto para conmemorar tal o cual hecho personal, pero sí que se deje en libertad a quienes, aunque muy regocijados por ello, prefieren emplear sus horas sin trabajo en cosas más trascendentales.

Parece mentira, pero la obra que piensan emprender las socias de Campo Abierto puede ser revolucionaria, ya que en la época en que la humanidad quiere obtener, para el bienestar de todos, una mayor eficiencia en la producción —en el progreso—, no es posible quemar el tiempo y el humor, la energía y el espíritu en la pira del besamanos que con tanto entusiasmo los limeños no dejan desde hace siglos de atizar.